

EL PADRE INICIA LA BIOGRAFÍA DE SU HIJA

Sentía pasión por la vida. Auténtica, real, efectiva. Hacía a cada momento realidad aquella frase bandera, aquella frase divisa que su padre copiaba a Pessoa con el *Pon todo lo que eres en lo mínimo que hagas...* Y es que Bea era mucha Bea. Nuestra Beatriz. La Bea de tantos y tantos. En Tenerife o Madrid. En La Guancha, Icod o La Laguna. En San Sebastián o Lanzarote, Londres o Alemania, Bea siempre estaba dispuesta a dar, a ofrecer, a manos llenas, el recipiente cordial de su amistad. Ella nunca fue *yo* sino *los demás*.

Y se fue con 25 años acabados de cumplir un 1 de junio de 2001 junto con su hermano, Carlos Salvador. Su padre, sus padres, a poco del terrible vendaval que azotó sus vidas, escribía un artículo, que ahora le parece imposible que lograra hacer, titulado *Salvador y Aurora: herederos y huérfanos*, y dónde decía: “Y comienzo ahora a verlos a ellos, con vistas al Teide, gris y blanco, y océano azul cercano de tantos años en nuestra casa- escuela del barrio icodense de La Mancha. Fueron registrados en el Ayuntamiento de La Guancha (mi patria chica, aunque no creo en las patrias, sino en el universo mundo, en el universo de todos los hombres de todos los soles y todos los amaneceres) pero vivieron su infancia y parte de la juventud en el colegio de sus padres y posteriormente en Icod. Allí, entre casas blancas y gentes cariñosas y atentas, fueron los hijos iguales de dos maestros que dieron todo lo que pudieron por educar a un barrio tinerfeño”

Seguidamente hace una breve biografía de Carlos y dice de su hija: “Beatriz vino a estudiar Bachillerato al instituto lagunero Domingo Pérez Minik en su primera promoción, siempre recordada por profesores y alumnos. Fue una etapa inolvidable, amigas inmarcables, formación a tope, teatro, una intensa vida académica. Era de Ciencias, muy buena en Matemáticas, pero tampoco se le daban mal las Letras. Tenía obsesión por la Psicología y amó profundamente su carrera. Más amigas inmarcables y nada más terminar, el salto a Madrid: vio un anuncio en El País y de inmediato se presentó y ganó una beca para trabajar en el Departamento de Formación de IBM. Tenía un gran currículum profesional con Máster en Dirección de Recursos Humanos y otro de Iniciación a la Empresa. Era más aventurera que Carlos y se fue a Gran Bretaña dos veranos y a un campo de trabajo a Alemania: por ello manejaba muy bien inglés y alemán. Profundamente activa: Madrid fue para ella una explosión de cultura y una eclosión de saber con museos, teatros, conciertos, amistades... la vida girando. Estuvo cerca de dos años y surgió la oferta, buscada en Internet, del Hotel Jardín Tropical. Entrevistas y contrato. Estaba muy feliz. Derramaba satisfacción por su trabajo y no paraba de contar a sus padres (ellos tan habladores: la oíamos en rito silencioso) lo último conseguido. Tenía esperando en Madrid un contrato con REPSOL que le surgió el mismo día que empezaba en el hotel sureño. Su futuro era de color de rosa pero el negro del asfalto puso luto en los corazones. Allí, en su cartera, como Carlos, eterna recopiladora de frases, estaban las palabras de F. Dostoievski: *“El secreto de la existencia humana no consiste sólo en vivir, sino en saber para que se vive”*.

Y cierra el artículo con un guiño a Bea :“Y ahora déjennos navegar por cielos azules y verdes praderas, por paisajes conocidos y territorios desconocidos. Allí estarán con nosotros, mano con mano, hombro con hombro, Carlos Salvador y Beatriz. Vean: caminan con nosotros; están con nosotros. Eternamente. Apasionadamente. Y con Mario Benedetti ¿te acuerdas, Bea? les digo: *“Compañero del olvido / no te olvido / tus tormentos asoman en mis sienes blancuzcas / el mundo cambia pero no mi mano ni aunque dios nos olvide / olvidaremos”*.